

EL ALFARERO REBELDE

Carlos Espinoza León



Bulevar de la Lectura Infantil
CASA DE LA LITERATURA PERUANA

El alfarero rebelde

© Carlos Espinoza León

© De las ilustraciones, Jade Rivera

© De esta edición, Casa de la Literatura
Jirón Áncash 207, Centro Histórico de Lima
+51.1.426.2573

publicaciones.casaliteratura@gmail.com

Investigación editorial: Rony Puchurí

Edición: Jaime Vargas Luna

Diseño y diagramación: Jenny La Fuente

Gestión de la publicación: Berenice Solís

1a. edición digital -octubre de 2018

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-03554.

Esta edición es de distribución gratuita. Está terminantemente prohibida su venta.

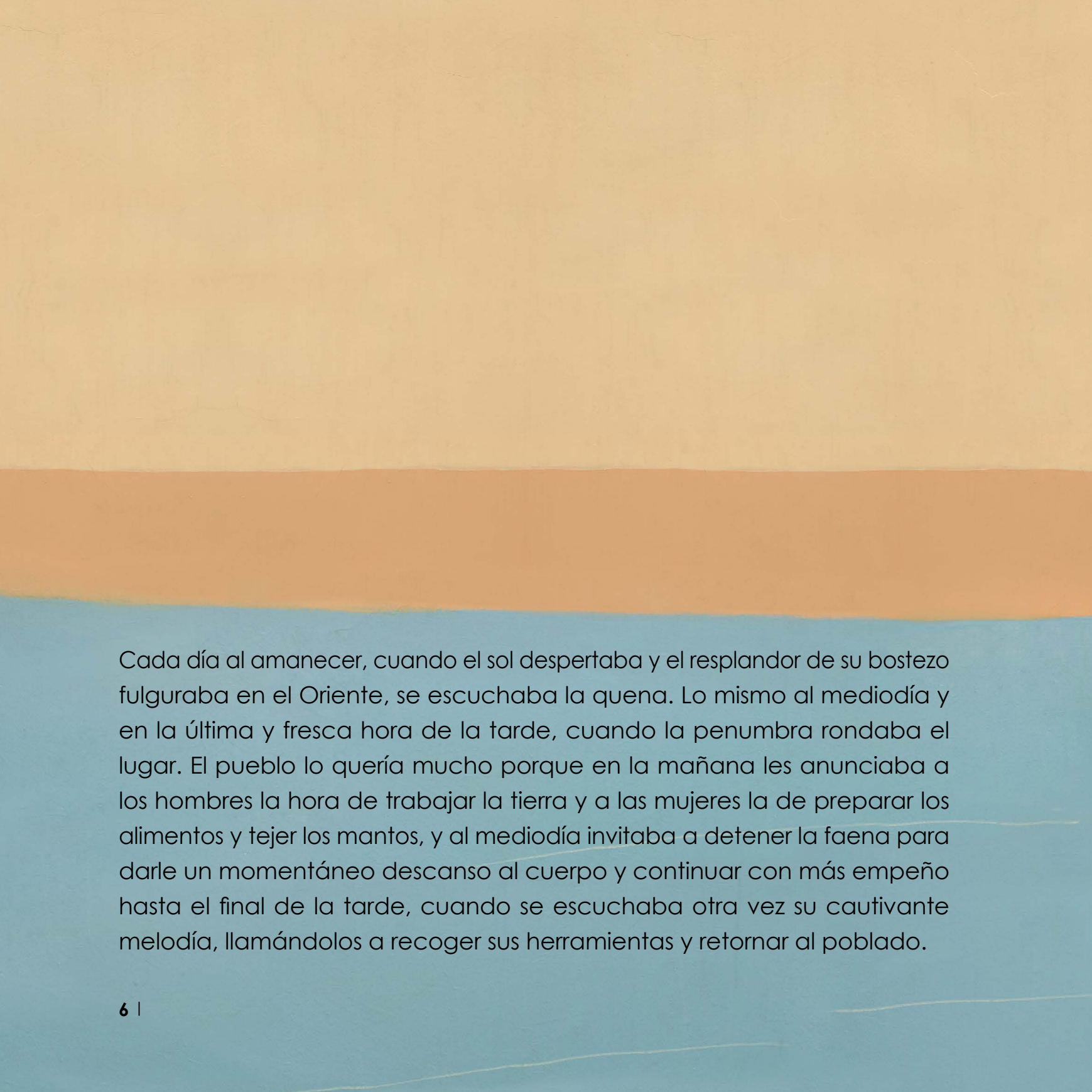
EL ALFARERO REBELDE

Carlos Espinoza León



Simbilac apareció un día. Nadie sabe de dónde o por cuál de los caminos ingresó al poblado indígena, causando asombro entre los moradores por la forma en que tocaba su quena, lo que motivó que todos dejaran sus quehaceres para escucharlo.

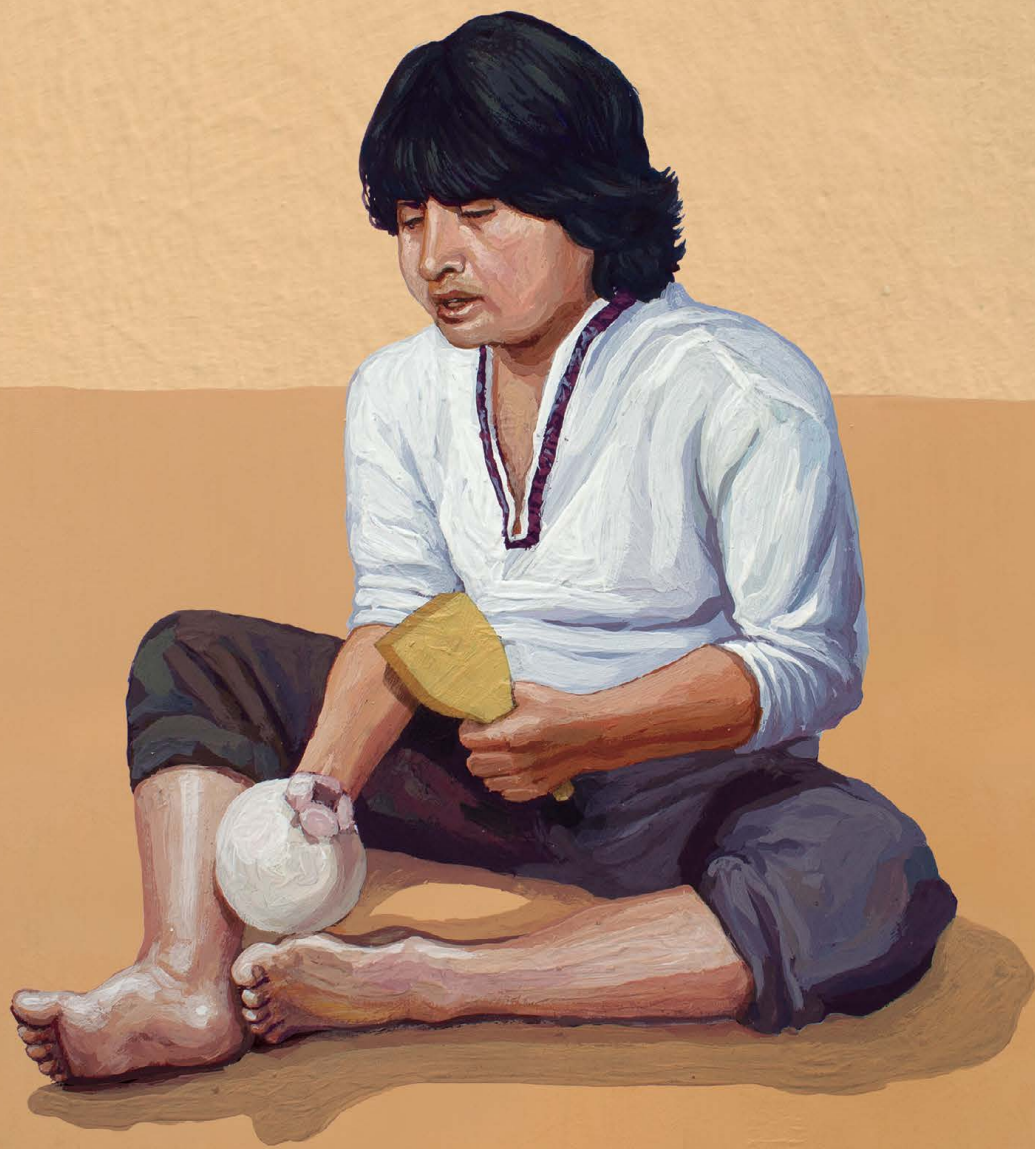
Era tan tierna y dulce la melodía que de los carrizos escapaba, que los pájaros callaban sus trinos para aprender nuevas tonalidades. La sin igual música invadía todo el frondoso valle y hasta en las paredes de piedra y de arcilla vibraba el eco, para el agrado y deleite del curaca, de su esposa, y de toda la servidumbre. De los ojos de los más viejos brotaban lágrimas, irrigando los surcos de sus curtidos rostros.



Cada día al amanecer, cuando el sol despertaba y el resplandor de su bostezo fulguraba en el Oriente, se escuchaba la quena. Lo mismo al mediodía y en la última y fresca hora de la tarde, cuando la penumbra rondaba el lugar. El pueblo lo quería mucho porque en la mañana les anunciaba a los hombres la hora de trabajar la tierra y a las mujeres la de preparar los alimentos y tejer los mantos, y al mediodía invitaba a detener la faena para darle un momentáneo descanso al cuerpo y continuar con más empeño hasta el final de la tarde, cuando se escuchaba otra vez su cautivante melodía, llamándolos a recoger sus herramientas y retornar al poblado.

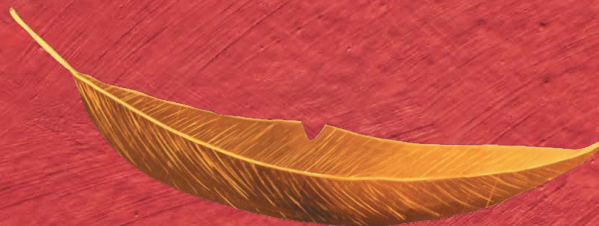


Era además Simbilac un hábil alfarero, y enseñó a los hombres del curacazgo a elaborar –de la arcilla–, hermosos huacos y vasijas que les servían para uso doméstico, como ollas para preparar sus alimentos y tinajas para guardar el agua y las semillas, ya que hasta entonces los habitantes solo sabían hacer ollas rústicas y se valían del fruto del poto, como mates, limetas, guaces y lapas para esos menesteres. Los adiestró hábilmente en el quemado de las piezas utilizando la hojarasca y el puño de algarrobo. Los colores y la arcilla que usaba Simbilac, y que conseguía de las canteras sagradas adonde sólo él podía ingresar, eran el blanco y el amarillo rojizo. El blanco representaba el cielo al amanecer y el rojizo al Sol en la última hora de la tarde. Además, aprendieron a representar mediante la arcilla los frutos, tubérculos, animales y paisajes cotidianos que habitaban tanto en la paz como en la guerra.



Cuando todo era prosperidad en el curacazgo, fueron de pronto conquistados por un poderoso ejército venido del Norte y que procedía de un lugar en donde gobernaba un Rey, quien venía cargado por sus nobles en litera de oro; y que, valiéndose de su poderío, pueblo que no se sometía lo arrasaba castigando con la hoguera a los que oponían resistencia, destruyendo sus templos y palacios para imponerle, por las buenas o por las malas, sus ídolos, dioses y costumbres, y so pretexto de aceptar las tradiciones de los pueblos oprimidos, los sometía a la servidumbre aprovechándose de sus riquezas, y anunciando que sus dioses traerían peste y muerte a quienes no aceptasen las nuevas leyes.





Simbilac reunía secretamente a los jóvenes del pueblo, arengándolos a no someterse fácilmente y a declararse en rebeldía contra el invasor. Así fue que les enseñó a confeccionar ceramios diferentes que mostraban el dolor del pueblo marcando a perfección en los huacos el rostro del sufrimiento, la angustia y el cautiverio. Esto motivó que los guerreros del pueblo sometido acordaran una rebelión contra los invasores.



Simbilac fue hecho prisionero al descubrirse la actividad que desempeñaba y se le encerró en una gran jaula de gruesos maderos donde debía permanecer por mucho tiempo, hasta el día en que se celebrase la fiesta en homenaje a los dioses del invasor, para ser quemado vivo. Pero el prisionero no probaba el alimento que le alcanzaban, prefería morir antes que seguir cautivo. Así fue que al tercer día desapareció de su jaula.

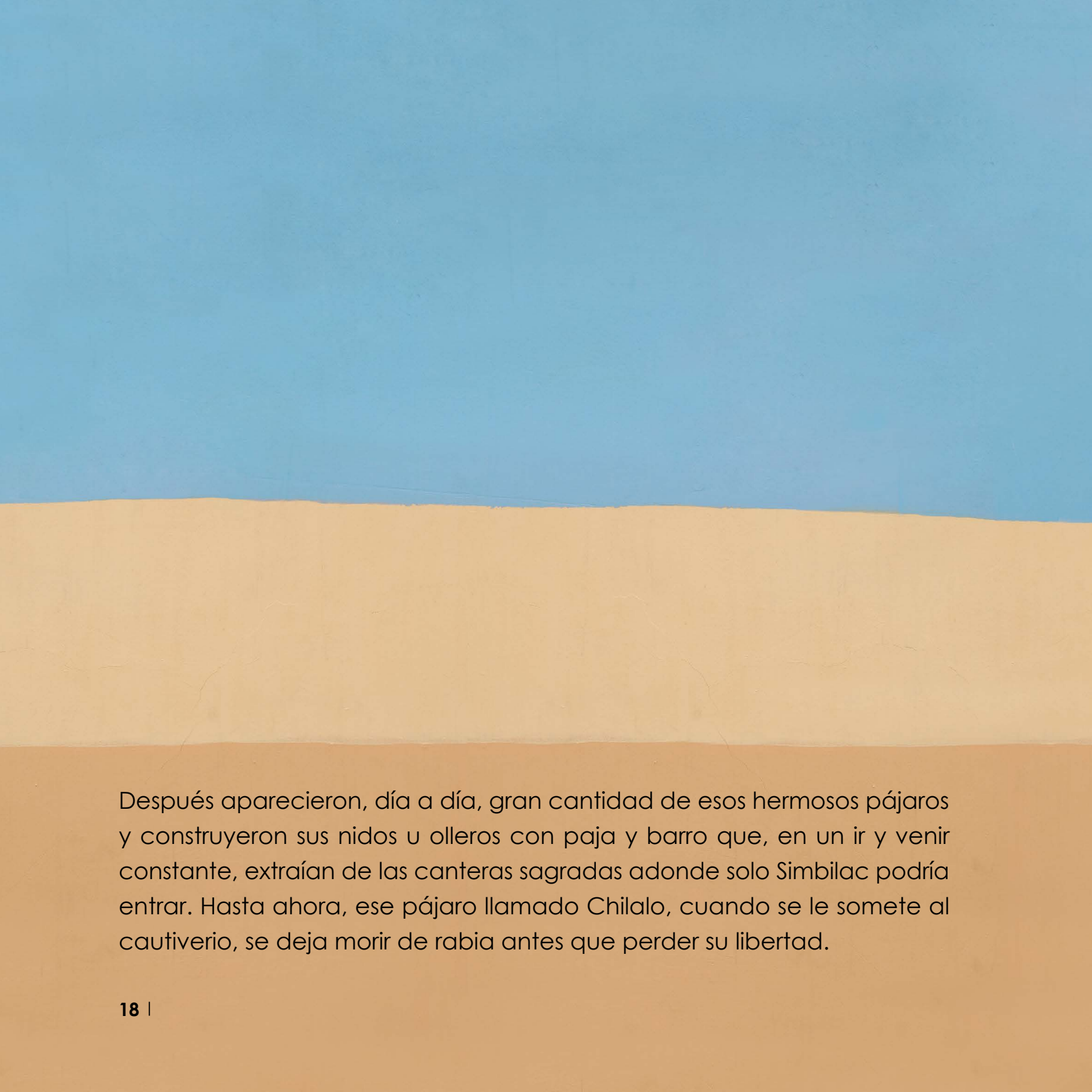


En su lugar estaba un pájaro pequeño, de pecho blanco y espalda rojiza, similares a los colores que Simbilac utilizaba en la confección de los huacos. Esto causó pánico en el invasor y nadie se atrevió a tocar al pequeño pájaro.



Al amanecer del día siguiente, se escuchó por todo el poblado un trino que escapaba de la jaula, muy parecido a las notas de la quena que tocaba Simbilac y el pueblo oprimido se levantó, pero en lugar de tomar sus herramientas para ir al forzado trabajo, desenterró sus armas y peleó ardorosamente toda la mañana contra el ejército opresor, y cuando al mediodía ya desfallecían los pobladores, volvieron a escuchar el trino de aliento y reiniciaron con más fuerzas la batalla, derrotando al enemigo al atardecer, recogiendo sus muertos y heridos cuando el padre Sol ya se ocultaba. Y volvieron a escuchar el dulce trino del pájaro que volaba ya libre por el horizonte.





Después aparecieron, día a día, gran cantidad de esos hermosos pájaros y construyeron sus nidos u olleros con paja y barro que, en un ir y venir constante, extraían de las canteras sagradas adonde solo Simbilac podría entrar. Hasta ahora, ese pájaro llamado Chilalo, cuando se le somete al cautiverio, se deja morir de rabia antes que perder su libertad.



Simbilac, hábil músico y alfarero, enseñó a los pobladores norteños a hacer elaborados productos con arcilla mientras acompañaba con su música la faena agrícola. Cuando un Rey invadió y oprimió al pueblo e hizo prisionero a Simbilac, él les enseñó y heredó la libertad.

Carlos Espinoza León (Chulucanas, 1941) narra el paisaje y la cultura piurana, y es un autor fundamental de la región. Su cuento *El alfarero rebelde* se narra en la exposición *El canto del Chilalo* del bulevar infantil de la Casa de la Literatura Peruana (2017-2018).

